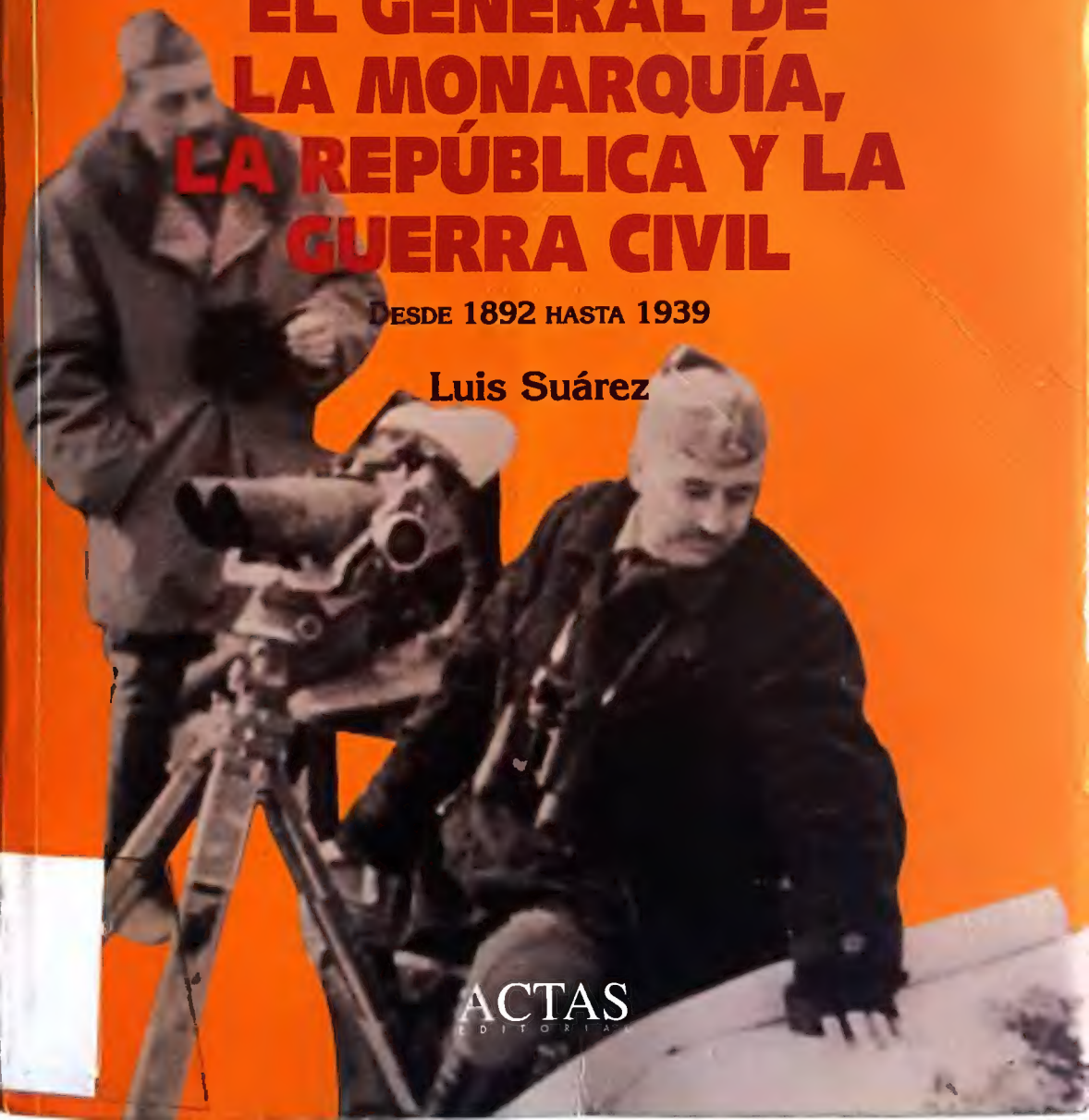
FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL

DESDE 1892 HASTA 1939

Luis Suárez



ACTAS
EDITORIAL

Luis Suárez Fernández, nacido en Gijón en 1924 es, en la actualidad, profesor emérito en la Universidad Autonoma de Madrid, miembro de número de la Real Academia de la Historia, de mérito de la de Portugal y correspondiente de la de Buenas Letras de Barcelona y de varias de Hispanoamérica. También ha dirigido la Escuela del CSIC en Roma. Aunque es conocido especialmente por sus trabajos sobre Baja Edad Media, en especial la época de los Reyes Católicos, su interés es polifacético: comenzó sus investigaciones en el siglo XVII, ha escrito libros sobre Roma y el Oriente Antiguo, los judíos y las interpretaciones de la Historia y también diez volúmenes sobre diversos aspectos de la vida y obra de Franco.

FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

Plan general de la obra:

1. El general de la Monarquía, la República y la Guerra Civil *(desde 1892 hasta 1939).*
2. España, Franco y la Segunda Guerra Mundial *(desde 1939 hasta 1945).*
3. La victoria frente al bloqueo *(desde 1945 a 1953).*
4. Los proyectos para una doble estabilización *(desde 1953 a 1961).*
5. Resistencia a la subversion *(de 1961 a 1967).*
6. El camino de tránsito hacia la Monarquía *(desde 1967 hasta 1975).*

Índices.

Luis Suárez va desgranando en las páginas de este libro los hechos a través de la documentación de que disponemos, sin juicios de valor ni interpretaciones, como corresponde al oficio de historiador, para ofrecer al lector las claves necesarias –África, la Dictadura de Primo de Rivera, la caída de la Monarquía, la República, las reformas de Azaña, la Revolución de 1934, el ascenso de los totalitarismos, el Frente Popular, etc.– para conocer y entender los acontecimientos y circunstancias que habrían de conformar la personalidad y el pensamiento del Generalísimo, que partiendo del desastre del 98, que Franco contemplaría con 5 años y en el seno de una familia tradicionalmente de marinos, habrían de desembarcar en el alzamiento de julio de 1936 y darían lugar al cruel enfrentamiento de las dos Españas que duró dos años y medio y que abrieron paso a un Estado nuevo: el Régimen de Franco.

FRANCO:
CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL
Desde 1892 hasta 1939

ÍNDICE

Página

Nota previa 13
Introducción general. Franco, crónica de un tiempo 15

PRIMERA PARTE
FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

Capítulo 1. La adolescencia del niño que quiso ser marino 49
I. El linaje de Franco 49
II. España en el tránsito del siglo XIX al XX 54
III. Divisiones ideológicas 59
IV. 1898 63
V. La aparición de los separatismos 68

Capítulo 2. La llamada de África 74
I. Origen de la cuestión marroquí 74
II. La Academia de Infantería 77
III. La Semana Trágica de Barcelona 78
IV. El segundo teniente 83
V. Marruecos, al fin 85
VI. El teniente de Regulares 88
VII. Ascenso a capitán. La grave herida de *El Biutz* 91

Capítulo 3. 1917 95
I. Oviedo 95
II. Trasfondos doctrinales 98
III. Los mecanismos de la revuelta 101
IV. El comandante Franco y la revolución 108

Capítulo 4. Diario de una bandera 112
I. La primera idea de la Legión 112
II. Dar Riffien 117
III. De Uad Lau a Xauen 121
IV. Annual 125
V. Dar Drius 127

Capítulo 5. El camino de Alhucemas 131
I. El fin de la Restauración 131
II. Franco, al frente de la Legión 135
III. El enfrentamiento con Primo de Rivera 140

IV. La hora sombría de Xauen 143
V. Alhucemas 147

Capítulo 6. La Academia General de Zaragoza 154
I. El general más joven de Europa 154
II. El nombramiento de director de la Academia 158
III. El fin de la Dictadura 163
IV. El «error Berenguer» 167

Capítulo 7. 1931 173
I. Franco y el 14 de abril 173
II. Antimilitarismo 178
III. Anticlericalismo 182
IV. Cierre de la Academia General 188

Capítulo 8. El día en qne España dejó de ser católica 191
I. La declaración ante el comité del Congreso 191
II. La Constitución de 1931 195
III. Franco y el pronunciamiento de Sanjurjo 202
IV. La Comandancia General de Baleares 208

Capítulo 9. Franco se alinea en el anticomunismo 213
I. El joven orador del teatro de La Comedia 213
II. La doctrina falangista 218
III. Victoria electoral de la CEDA 222
IV. Ascenso a general de División 227

Capítulo 10. Franco y la Revolución de Octubre 233
I. Los preparativos del Golpe Socialista 233
II. La toma de decisión 236
III. Franco en el Ministerio de la Guerra 240
IV. Las consecuencias 245

Capítulo 11. Reorganizar el Ejército 249
I. La evolución falangista 249
II. Franco, jefe del Ejército de África 252
III. Franco, al frente del Estado Mayor 255
IV. El fin de Lerroux 261

Capítulo 12. La tentación resistida 265
I. Diciembre, 1935 265
II. Las opciones preelectorales 268
III. El resultado de la votación 273
IV. Cinco días de febrero 276

SEGUNDA PARTE
GENERALÍSIMO Y JEFE DE ESTADO

Capítulo 13. Los preparativos para el Alzamiento 285
I. El fin de Alcalá Zamora 285
II. La candidatura por Cuenca 290
III. Los antecedentes de la conspiración 294

Capítulo 14. De Canarias a Marruecos. El vuelo del Dragón 301
I. La carta a Casares Quiroga 301
II. Los argumentos jurídicos encontrados 307
III. Galicia saluda a Francia 313
IV. Sin novedad en Marruecos, mi general 315

Capítulo 15. Internacionalización del conflicto 320
I. Cuatro días de julio 320
II. Equilibrio de fuerzas 327
III. La búsqueda de mercados 330
IV. El «pecado original» de Franco 335
V. La posición ideológica inicial de Franco 339

Capítulo 16. Cruzar el Estrecho 343
I. La firme decisión 343
II. Por aire y por mar 345
III. Los barcos que la cruzaron 349
IV. De Sevilla a Talavera 352

Capítulo 17. La elección de Franco para la Jefatura del Estado 361
I. La actitud de la Iglesia ante el Alzamiento 361
II. La caída de Talavera produce cambios 366
III. Hora de decisiones 371
IV. El Decreto 375
V. Investidura burgalesa: el Caudillo 380

Capítulo 18. Los cambios políticos internos 385
I. El ascenso de los totalitarios 385
II. Salamanca, Cuartel General 388
III. Salvar a José Antonio 392
IV. La difícil cuestión vasca 399
V. Don Miguel de Unamuno 403

Capítulo 19. Madrid: La batalla perdida 408
I. El proyecto de No Intervención 408
II. La marcha sobre Madrid 412
III. El asalto a Madrid 417

Capítulo 20. Reconocimiento oficial de Alemania e Italia 423
I. La idea de enviar «voluntarios» 423
II. La muerte de José Antonio 426
III. El acuerdo hispano-italiano 429
IV. Batallas en torno a Madrid 432
V. Las gestiones del doctor Junod 437

Capítulo 21. Del altar y del trono 441
I. La actitud inicial del Vaticano 441
II. Las primeras gestiones de Gomá 445
III. Masonería 448
IV. Perspectivas de restauración 450
V. De nuevo el Comité de No Intervención 454

Capítulo 22. Guadalajara no fue Abisinia 456
I. CTV. Corpo di truppe volontaire 456
II. Guadalajara: un objetivo muy preciso 458
III. De nuevo la No Intervención 462

Capítulo 23. Un largo camino hacia la unidad política 466
I. Rumores salmantinos 466
II. *Mit brennender Sorge* 470
III. El Decreto comienza a gestarse 474
IV. Tres noches de abril 477
V. Prisión de Manuel Hedilla 482
VI. Proceso y sentencia 485

Capítulo 24. Las claves de una polémica: El Vaticano, los vascos, Guernica 491
I. Los voluntarios vasco-navarros 491
II. La Cuaresma de España 495
III. La ruptura del frente de Vizcaya 500
IV. El bombardeo de Guernica 503
V. Las concesiones de Franco 506
VI. Gomá y Pizzardo 510

Capítulo 25. Bilbao: el gran cambio 513
I. Los obispos deben pronunciarse 513
II. Cambio de Gobierno en Valencia y muerte de Mola 515
III. Incidentes internacionales 519
IV. Al fin, Bilbao 522
V. El Vaticano reconoce a Franco 526

Capítulo 26. La decisión de Brunete 534
I. Eliminación del POUM 534
II. *Animal Farm* 536
III. ¿Victoria o derrota? 539

IV. La consecuencia: Santander 542
V. Belchite 545
VI. El final del frente Norte 547

Capítulo 27. Construir el Movimiento 550
I. Eliminación de la democracia inorgánica 550
II. El anuncio de la Monarquía 553
III. Los Estatutos del Movimiento 557
IV. Las dificultades internas 561

Capítulo 28. Minas, submarinos, aviones: la fuente de conflicto con el III Reich 566
I. ¿Beligerancia? 566
II. La conferencia de Nyon 569
III. Alemania presenta sus demandas 572
IV. El proyecto Montana 575

Capítulo 29. Primer ensayo de ruptura con la Hisma 580
I. Consejo Nacional del Movimiento 580
II. Vicente Rojo conquista Teruel 585
III. En las horas bajas 589
IV. La ruptura con la Hisma 591

Capítnlo 30. Institucionalizar la Dictadura 594
I. El Consejo de Ministros 594
II. Las primeras acciones del Consejo 597
III. El crecimiento de Serrano Suñer 601
IV. Las muy delicadas negociaciones con el Vaticano 605
V. El fracaso de Manuel Irujo 609

Capítnlo 31. Mare Nostrum 613
I. La decisión de febrero 613
II. El Fuero del Trabajo 616
III. Primeros pasos hacia una guerra general 620
IV. La batalla de Aragón 622

Capítulo 32. Final del Proyecto Montana 627
I. Las decisiones de Negrín 627
II. Dirigismo estatal deliberado 630
III. De nuevo el freno en los avances 634
IV. Las directrices políticas del conde de Jordana 637
V. La ley de Minas 643

Capítulo 33. Las aguas del Ebro no pasaron por Munich 646
I. Los planteamientos militares 646
II. El estancamiento 650
III. La crisis sudete 653
IV. La victoria en el Ebro 658

Capítulo 34. Barcelona 662
I. Secuelas diplomáticas de Munich 662
II. Los últimos esfuerzos de paz 666
III. El avance hasta Barcelona 669
IV. El final del Régimen Republicano 675

Capítulo 35. ...Y, al final, Madrid 678
I. Franco se adhiere al Pacto Antikomintern 678
II. Proyectos para una capitulación 681
III. Los cuatro días de marzo 688
IV. La liquidación de la guerra 690

Notas
Notas al Capítulo 1 694
Notas al Capítulo 2 697
Notas al Capítulo 3 701
Notas al Capítulo 4 703
Notas al Capítulo 5 705
Notas al Capítulo 6 708
Notas al Capítulo 7 709
Notas al Capítulo 8 713
Notas al Capítulo 9 716
Notas al Capítulo 10 719
Notas al Capítulo 11 721
Notas al Capítulo 12 723
Notas al Capítulo 13 725
Notas al Capítulo 14 729
Notas al Capítulo 15 732
Notas al Capítulo 16 736
Notas al Capítulo 17 739
Notas al Capítulo 18 743
Notas al Capítulo 19 747
Notas al Capítulo 20 749
Notas al Capítulo 21 751
Notas al Capítulo 22 753
Notas al Capítulo 23 755
Notas al Capítulo 24 760
Notas al Capítulo 25 764
Notas al Capítulo 26 768
Notas al Capítulo 27 769
Notas al Capítulo 28 771
Notas al Capítulo 29 773
Notas al Capítulo 30 775
Notas al Capítulo 31 779
Notas al Capítulo 32 781
Notas al Capítulo 33 783
Notas al Capítulo 34 785
Notas al Capítulo 35 787

NOTA PREVIA.

Ignoro, al comenzar la que es ya tercera redacción de esta obra, si llegará un día a publicarse o si, dada mi edad, conseguiré concluirla. Ante todo quiero decir que he tenido en cuenta todas las observaciones que se me han hecho acerca del texto de mi primera edición. Insisto en algo que ya entonces dije y que me propongo mantener con más rigor todavía: escribo sin odios ni aficiones; no estoy en contra de nadie ni a favor de ninguno. Pero me mueve el propósito de cumplir un oficio de historiador que consiste en explicar los sucesos utilizando para ello también las opiniones de los protagonistas: esto es lo que ha chocado y seguirá chocando, me temo, con las actitudes de nuestros días. Al establecerse un criterio oficial –la época de Franco debe considerarse como suma de males sin mezcla de bien alguno– cualquiera que se empeñe en descubrirla como lo que fue, errores y aciertos, programa político sometido a criterios religiosos, en parte cumplido y en parte no, será inevitablemente juzgado como un defensor. Es bien sencillo: quien no condena e injuria, defiende y justifica.

Pero la época de Franco, que cubre casi cuarenta años, fue en sí misma grande, porque los acontecimientos que en ella se produjeron revistieron la grandeza de la guerra y la paz, el asedio exterior, el desarrollo económico y la búsqueda, al final fallida, de una estructura política duradera distinta del totalitarismo socialista o hegeliano y de la democracia liberal parlamentaria. Sólo es posible acceder a ella de modo satisfactorio a través de los documentos conservados. El autor ha podido consultar, mediante fotocopias, muchos de ellos, en especial los que el propio Generalísimo guardaba. El método aplicado es el más rigurosamente tradicional en la investigación histórica: dejar que los documentos y los testimonios hablen por sí mismos, huyendo de interpretaciones para evitar, en lo posible, el juicio previo, la formulación de opiniones y el recurso a las fuentes para apoyarlas y no para rectificarlas.

Franco hizo de la lucha contra el comunismo –en general contra el marxismo– y de la defensa de la Iglesia el eje fundamental de su existencia. Los documentos van a hablarnos de esa lucha. Pero evitaremos cuanto nos sea posible los calificativos. Todas las personas merecen ser tratadas con el mayor respeto: si alguna vez se desliza algo que no lo demuestre, debe atribuirse a la torpeza del autor, no a su intención. Se apreciarán numerosas lagunas, pero esto debe tomarse como incitativa a otros historiadores a fin de que puedan llenarlas. Que no lo hagan con opiniones, recuerdos o sentimientos sino con fuentes testimoniales objetivas, es lo que el autor desea y recomienda. Pasados ya casi veinticinco años desde la muerte de Francisco Franco, deberíamos contar con la serenidad suficiente para hacerlo así.

Este libro, largo, por exigencias del tema, no se presenta con pretensiones de obra definitiva. Provisional y muy provisional. Vamos a entrar en un mundo complejo y muy rico por sus dimensiones: al mismo tiempo que se despejarán incógnitas y se abrirán procesos, van a plantearse nuevas cuestiones a las que otros habrán de responder. Así es el conocimiento histórico. Su utilidad consiste precisamente en que permite explicar y, con ello, induce a los hombres a la reflexión.

L.S.F.

SEGUNDA PARTE

GENERALÍSIMO Y JEFE DEL ESTADO

CAPÍTULO 31

MARE NOSTRUM.

I. LA DECISIÓN DE FEBRERO.

1. Desde antes de la reconquista de Teruel, Franco tenía tomada una decisión: explotar el éxito que esperaba provocando una ruptura amplia del frente enemigo. Vicente Rojo había advertido a sus superiores que una derrota en Teruel podía significar para el enemigo la llegada al Mediterráneo; abrigaba la esperanza de que, tras el desgaste que la terrible batalla significara, Franco se vería obligado a tomar un largo período de descanso. Descanso hubo, pero mucho más breve del que sus enemigos necesitaban. Ambos bandos padecían una onda de pesimismo. Los frentepopulistas porque habían insistido demasiado en la victoria y se encontraban ahora con la derrota, y los nacionales porque, por un momento, habían creído, tras la campaña del Norte, que la victoria estaba a la vuelta de la esquina y se encontraban ahora con un enemigo decidido a combatir hasta el extremo. Los italianos eran los más desconcertados: se agolpaban nubarrones en el horizonte europeo y les impacientaba verse atados a una contienda que parecía no acabar nunca. Mussolini hizo saber a Franco que si insistía en alargar las operaciones podría verse obligado a retirar la ayuda que venía prestando.

Comenzaba a vislumbrarse la posibilidad de que la Guerra Civil española conectase con la europea, inminente. Los rojos ensayaron ahora otro género de propaganda muy eficaz; gracias a la dureza de las operaciones habían conseguido un verdadero Ejército, disciplinado y fuerte. Esto era en parte verdadero y en parte falso; en la última etapa de la batalla se había tenido que recurrir en exceso a fusilamientos y destituciones para mantener la debida obediencia. Ahora dos Ejércitos estaban desplegados desde el Maestrazgo hasta el Pirineo, el de Levante a las órdenes de Hernández Saravia, y el del Este, a las órdenes de Pozas, un total de veinte Divisiones más las Brigadas Internacionales que sumaban por encima de los 300.000 hombres con 600 bocas de fuego y 350 aviones. Las fuerzas de Franco eran todavía ligeramente inferiores en número aunque poseían mayor calidad.[1]

Más allá de la propaganda, Franco sostenía ante sus generales que disponía ya

de una masa de combatientes a la que el enemigo no podría resistir; la batalla de Teruel había servido para tomar el pulso y comprobar que el adversario sería finalmente destruido. La dificultad para los historiadores consiste en averiguar cuál era el proyecto inmediato. A juzgar por los estudios exhaustivos que se hicieron en el Estado Mayor del Aire, que dirigía Kindelán, este objetivo era Cataluña. Existía, a principios de 1938, todo un plan de bombardeos sistemáticos en el Principado a fin de destruir los suministros de energía eléctrica pero causando el menor número de daños posible, a fin de no alterar la inclinación de sus habitantes, deseosos en su mayoría de acoger a las tropas libertadoras, y de permitir la reconstrucción inmediata con el menor costo posible.[2] La operación sobre Madrid estaba definitivamente abandonada.

2. El 24 de febrero de 1938 Franco presidió en Zaragoza una reunión con los altos mandos de su Ejército, en la que explicó la decisión a la que había llegado: la ruptura del frente se produciría, al sur del Ebro, por Fuentes y Vivel. Esto es, se iba a buscar la salida al Mediterráneo. Dávila distribuyó rápidamente las órdenes y el 1 de marzo pudo informar al Cuartel General que todo estaba dispuesto. La documentación conservada permite conocer de qué modo minucioso se habían hecho los estudios de un terreno que contaba con tres líneas sucesivas de defensa, los ríos Aguas, Martín y Guadalope. Los republicanos habían tenido tiempo de transformar Belchite, Híjar, Puebla de Híjar y Montalbán en formidables fortalezas, por lo que a la artillería –probablemente 750 cañones– correspondería el papel más importante. Las fuerzas aéreas de los atacantes eran bastante similares a las de los defensores.[3] El 3 de marzo Sebastián Pozas informó a sus subordinados que esperaba un ataque muy fuerte y dio orden de poner a las reservas estratégicas en estado de alerta.

Sobre la decisión de Zaragoza pesaron sin duda informes más o menos precisos de la evolución hacia una crisis de ruptura que se detectaba en Europa. El 4 de febrero de 1938, Hitler, «para fortalecer a la nación» había decidido sustituir en la cúpula militar a los antiguos jefes por otros que estaban en el secreto: se iba a una guerra. Von Brauchitsch en Tierra, Raeder en Marina, Göring en Aire, Keitel al frente del Estado Mayor, constituyeron el equipo que, año y medio más tarde, iba a desencadenar la más espantosa contienda que haya conocido hasta ahora la Humanidad. También Schacht, el mago de las finanzas, y von Neurath fueron relevados. En la Wilhelmstrasse entró von Ribbentrop, que cambió de inmediato a los embajadores en Roma, Viena y Tokyo. Unos meses antes, el Führer había comentado con el embajador británico sus temores de que, a causa de la guerra de España, pudiera producirse un enfrentamiento entre Francia e Italia siendo Cataluña la chispa.

Chamberlain recogió la advertencia. Siempre había sido partidario de una solución negociada y puesto que ésta complacía también al canciller alemán, impulsó el proyecto haciendo partícipes a los alemanes. Franco, seguro como estaba de su victoria, no estaba dispuesto a entrar en tales proyectos que siempre conducían a su propia renuncia o destitución.[4] Pero probablemente decidió ya entonces que Cataluña debería ser liberada de sur a norte, evitando en lo posible los roces que podían producirse en el caso de una marcha a lo largo de la frontera francesa. Eran momentos de máxima tensión.[5] El 12 de febrero de 1938, en el refugio de Berchtesgaden, el canciller austríaco Schuschnigg firmaba lo que era verdaderamente una capitulación.

Los nazis entraban en la legalidad, llenaban las calles de banderas y camisas pardas y el más importante de ellos, Seyss-Inquart, recibía la cartera de Interior: la represión se dirigió ahora contra los antinazis. Las Divisiones blindadas alemanas comenzaron a engrasar los ejes de sus vehículos.

3. El 9 de marzo, en medio de un cañoneo intensísimo y de demoledores ataques de la aviación. Yagüe inició el avance rápido y contundente: la fuerte resistencia opuesta por el enemigo sirvió también para que éste experimentara pérdidas terribles. El 10 de marzo habían caído Belchite, Azuara y la Puebla de Albortón. El XII Cuerpo de Ejército republicano se desplomó. Vicente Rojo informó a Prieto que la superioridad aerea del enemigo estaba en la raíz del pánico que acometía a los suyos. Para frenar el avance encargó al coronel Fernández Heredia que estableciese una barrera sobre el río Martín defendiendo Alcañiz a toda costa, pero el 12 de marzo ya esa línea había saltado en pedazos y Yagüe, en pleno triunfo, se encaminaba a Alcañiz, que tomó el 14 y luego a Caspe, ocupada el 17.

Prieto avisó a Azaña de que se trataba de un desastre gigantesco: nadie resistía, nadie parecía capaz de cumplir las órdenes, se tenía la sensación de que se estaba ante una desbandada.[6] Cuando el coronel Menéndez consiguió al fin organizar una última línea de defensa apoyada en el Guadalope, el Ejército popular había perdido una gran cantidad de material y 10.000 prisioneros. El informe que el general Masquelet, de la plena confianza de Azaña, rindió acerca de esta campaña fue muy negativo y contribuyó a que se aplicaran severos castigos.[7] Él, que no tenía una carrera muy brillante en acciones de guerra, culpaba, desde su despacho, a todos los mandos: habían fallado enteramente en el cumplimiento de su misión. Representantes de la UGT y de la CNT celebraron una reunión de urgencia el 12 de marzo; por primera vez estaban admitiendo la posibilidad de que la guerra podía terminar en derrota. El representante de la Komintern, Erno Gueré, que acababa de regresar de Moscú, traía instrucciones directas de Stalin: aprovechar aquella oportunidad para culpar a Prieto, presentando su actuación en el Ministerio de Defensa como absolutamente negativa; sólo un Ejército rojo, como el de la Unión Soviética, podía remontar la situación, calificada de dramática por los responsables de la Internacional.[8]

El mando nacional estaba considerando otra posibilidad, la de que Miaja se decidiera, al fin, a desprenderse de parte de sus unidades, las más eficientes según se creía, lanzándolas a la lucha en Levante o iniciando una ofensiva en algún punto más peligroso. Es posible que el Cuartel General de Salamanca tuviera noticia del Plan P de Vicente Rojo, que consistía en dar un empujón por Extremadura partiendo en dos la zona nacional. Desde el 12 de abril de 1937, esto es, el momento en que se tomó la decisión de emprender la conquista del Norte, se había constituido a las órdenes de Saliquet el VII Cuerpo de Ejército, con 120.000 hombres frente a los 171.000 que Miaja llegó a reunir. Es el que libra, y gana, la batalla de Brunete, y el que interviene en muchas pequeñas acciones a lo largo de 1937, siempre con la esperanza puesta en ocupar la vanguardia para el definitivo ataque a Madrid. Pero, en lugar de esto, se le habían dado, con anterioridad al 16 de febrero de 1938, nuevas instrucciones: debía retirar del frente la cuarta parte de sus hombres, porque no iba a disponer de refuerzos, y formar con ella unidades de maniobra; aumentando las fortificaciones todo lo posible en torno a Madrid, establecería también un sistema

de turnos en primera fila y en descanso para garantizar la estricta defensiva. El frente de Madrid pasaba, como en Francia en 1915, a ser una línea de trincheras, con minas también. Ello no obsta para que se encomendase a Saliquet, en paralelo con la ruptura del frente en Aragón, una acción disuasoria tendente a convencer a Miaja de que la temida ofensiva contra la capital iba a producirse ya. En efecto desde el 9 de marzo se registran operaciones en diversos puntos: los nacionales tomaron el puerto de Malagosto, pero no pudieron avanzar como era su primer intento, hacia Cotos y Navacerrada. Los republicanos replicaron con contundencia en otros puntos.[9]

II. EL FUERO DEL TRABAJO.

1. El Gobierno, mientras tanto, y no sin que su acción dejara de tener relación, aunque indirecta, con la marea que subía en Europa, promulgaba su primera y, durante años, única ley fundamental.

Trataba de definir, y Franco parecía tener prisa, cuál era el verdadero alcance de la revolución social que se preconizaba. En ella estaba implícita la espinosa cuestión de la forma que debiera tener la Organización Sindical, a la que se referían los Estatutos del Movimiento. El Consejo Nacional había designado una ponencia para que se encargase de redactar un borrador; en ella estaban Dionisio Ridruejo, Francisco Javier Conde y Joaquín Garrigues. Mientras comenzaban su trabajo, el único superviviente de los oradores del acto fundacional del teatro de la Comedia, Alfonso García Valdecasas, bajo el seudónimo de Hernando de Avial, publicaba un *Manual del fascismo,* que era un elogio cálido del sistema italiano, mostrando sus ventajas sociales. Seguramente se utilizó mucho material proporcionado por Marchiandi, agregado laboral de la Embajada de Italia.[10]

El 8 de febrero de 1938, cuando estaban los ministros tomando contacto con sus respectivas carteras, recibieron dos borradores, uno proporcionado por Fernández Cuesta en su calidad de secretario del Consejo, redactado según él explicó más tarde por tres juristas, Rodrigo Uría, Joaquín Garrigues y Javier Conde, y otro repartido por Pedro González Bueno en su calidad de ministro de Acción Sindical. El primero se parecía mucho al organigrama italiano de las Corporaciones dell Lavoro. El segundo presentaba un talante más tradicional otorgando a los Sindicatos un carácter más gremial e independiente de la política. Hubo, en el seno del Gabinete, enfrentamiento de posturas y Franco decidió rechazar ambos textos y devolver el asunto al Consejo Nacional, que se reuniría en el Gobierno Civil de Burgos a principios de marzo. Fernández Cuesta recuerda que él celebró, en Trespaderne, una reunión con González Bueno y Suanzes, sin que se llegara a acuerdo alguno. Tampoco las reuniones del Consejo Nacional, entre el 1 y el 6 de marzo, dieron resultado. Franco no se inclinó por ninguno de los dos sectores, pero en su intervención, el 6 recordó a los miembros del Consejo que se necesitaba «una inmediata promulgación de principios que el Régimen debía mantener en el ordenamiento social de la nación».[11]

En consecuencia se produjo el nombramiento de una nueva comisión, en paralelismo de Dionisio Ridruejo y Eduardo Aunós; a este último ayudaron monárquicos tradicionalistas como Yanguas Messía y Esteban Bilbao, que fueron los que pro-

porcionaron la redacción definitiva. De modo que el modelo fascista fue finalmente rechazado y se introdujo una influencia absolutamente decisiva de doctrina social de la Iglesia católica. Se prescindió del calificativo Carta para usar el término tradicional Fuero. Es bastante lógico que Dionisio Ridruejo, convertido ya al socialismo, dijera después a Stanley G. Payne, en 1959, que el Fuero era apenas una serie de banalidades. Como es lógico también que los historiadores inclinados al liberalismo insistan en destacar los parecidos con el corporativismo. No se trata de juzgar sino de explicar.[12] El 9 de marzo, coincidiendo con el comienzo de la ofensiva, el Fuero del Trabajo, aprobado por el Consejo Nacional, quedó promulgado. En el nuevo texto subyacía una disyunción insuficientemente resuelta entre quienes pretendían hacer de los Sindicatos una proyección del Estado, a fin de lograr mejoras en la producción y más justicia social –criterio totalitario, sin que demos a esta palabra el valor calificativo ordinario– y los que pretendían una Organización independiente, poderosa en sí misma. Dicha disyunción provocará conflictos en el futuro.

2. Como toda Ley Fundamental, el Fuero era más declaración de principios que conjunto sistemático de disposiciones; éstas tendrían que venir luego. Visto a muchos años de distancia, podemos hallar en él muchos excesos retóricos, de acuerdo con el estilo de la época. Sin embargo, hay matizaciones que no pueden ser pasadas por alto. Cuando se define el «Estado nacional, en cuanto es instrumento totalitario al servicio de la integridad patria», nos encontramos con una expresión que resulta aceptable en los términos de la carta de Pacelli a Schuster que con anterioridad hemos mencionado. No es el Estado instrumento de un Partido para el logro de una política, ni tampoco el carácter totalitario resulta en él sustantivo; la palabra ha sido desplazada hasta convertirse en calificativo de otra, «instrumento», que es lo que se atribuye como ser al Estado. Instrumento es medio que presta servicio y que este servicio a la integridad patria sea total, no parece que deba despertar alarma en la conciencia de los católicos. Por otra parte hay un contenido de «política social avanzada» como indican historiadores muy críticos hacia el Régimen.[13]

El Fuero pretendía impedir la lucha de clases y su consecuencia final inevitable de sometimiento de un sector de la sociedad a otro, aquello mismo que la interpretación marxista considera como esencia de la Historia, aunque propone llevarla a su fin mediante la supresión de las clases. El Fuero proponía suprimir las huelgas mediante el desarrollo de una justicia laboral que las convirtiera en inútiles e injustas. Pues, de hecho, la huelga nació por la insuficiencia que la burguesía liberal de la revolución industrial otorgaba a los obreros para defensa de sus intereses. Cuando se la utilizaba para algo que no eran tales intereses perdía su legitimidad, llegando a ser arma de lucha en una ley de la selva en que vence aquel animal más vigoroso independientemente que tenga o no razón. Huelgas eficaces ha habido pocas. Sectores laborales que no alcanzan la dimensión necesaria para imponerse, están condenados a la impotencia y resultarán siempre perjudicados en relación con los que la poseen. De ahí que se pretendiera que, del mismo modo que no se tolera a la víctima tomar por su mano justicia contra el agresor, tribunales de justicia objetivamente constituidos, esto es, formados con los mismos métodos que se empleaban para seleccionar los jueces ordinarios, se encargasen de dirimir los pleitos entre patronos y obreros de acuerdo con la ley mediante una sentencia. De este modo el

obrero aislado podría tener la misma oportunidad de hacerse oír que el encuadrado en una organización poderosa.

De modo orgánico se pretendía establecer los cinco aspectos que la legislación tenía que garantizar, desarrollándolos posteriormente. A esto se reducía la revolución social de que se venía hablando:

- Estabilidad y seguridad de los trabajadores en el empleo, suprimiendo el despido libre, que es en cambio base esencial en el sistema capitalista,
- Fijación, por vía de arbitraje, del salario mínimo interprofesional. Las empresas podían pagar más, pero de ningún modo menos,
- Protección a la familia ayudando a los trabajadores de acuerdo con el número de hijos, a fin de que éstos no se conviertan en una carga sino en un modo mejor de vivir, sin quebrantos económicos,
- Vacaciones pagadas, haciendo que el sueldo se fije con independencia de los días de fiesta que puedan establecerse según costumbre; y
- Seguridad social extendida a tres aspectos, enfermedad, invalidez y jubilación, considerados como derechos inalienables de todos los trabajadores. No se mencionaban aún subsidios de paro ni garantías contra el desempleo.

Tampoco se hacía mención de las condiciones laborales de la mujer[14] ni se descendía a otros menudos detalles. Como una concesión a la derecha burguesa, muy sustancial en el Régimen, se mencionaba la necesidad de adecuar salario a producción. El tiempo se encargaría de demostrar que esto no podía conseguirse sin modificar la estructura interna de la empresa dando acceso a los representantes de los trabajadores a la alta dirección.

Fuero y no ley, esto es, enunciado de metas que debían ser alcanzadas Esto dependía de ciertas condiciones que entonces no se daban. Había que salir de la guerra, reparar las destrucciones provocadas por ella, e invertir el signo de la coyuntura, que durante la República fuera recesiva. Muchas veces repetirían Franco y otros altos dirigentes que la condición inexcusable para poder repartir riqueza consiste en producirla. Durante todo el período de gobierno de Franco los postulados no se variaron: la primera operación que los historiadores tendremos que hacer es descubrir hasta qué punto la legislación se acomodó a ellos o se apartó. Muchos criterios han cambiado después, de modo que puede decirse que la diferencia entre el franquismo –si es lícito utilizar este término– y la segunda restauración radica especialmente en el cambio de muchos de los postulados sociales. El Fuero disgustaba al capitalismo, especialmente el internacional. Para George Hills «era una ley digna de cualquier capacitado dirigente laboral inglés».[15]

3. Existe, en el Fuero, un aspecto que conviene destacar, especialmente en relación con la difícil coyuntura que Europa empezaba a vivir, con la ofensiva de los totalitarismos. El texto finalmente promulgado era, en más de un aspecto, compromiso entre el filofascismo declarado que representaba Dionisio Ridruejo y el tradicionalismo católico que defendía Eduardo Aunós. Toda referencia a la doctrina católica debe hacerse teniendo en cuenta también cuánto ha variado la posición práctica de

la Iglesia en el medio siglo largo que separa aquella época de la nuestra; muchas cuestiones tácticas que parecían esenciales, han sido abandonadas. Al mismo tiempo que una demanda de justicia social, expresada en términos muy falangistas, figuraba una concepción de la dignidad de la persona humana como la doctrina pontificia exponía. A diferencia de lo que sucedía en otros países, con otras doctrinas, el ser humano era concebido como persona, pero no como individuo. El nuevo Estado pretendía que se le reconociese como fórmula política intermedia que rechazaba tanto al capitalismo, hijo del positivismo y la revolución burguesa del siglo XIX, como a las corrientes hegelianas de donde saliera el marxismo.

En la primera Ley Fundamental –vendrían luego otras– se hacía hincapié de fidelidad a una doctrina que es tradicional en el Cristianismo. Éste no es una opinión que se pueda o no tener, sino una verdad completa e indiscutible, que enseña entre otras cosas, que el hombre, «portador de valores eternos», criatura de Dios, es persona en cuanto que posee capacidad para trascenderse, hacia Dios y hacia sus semejantes. En consecuencia es depositario de derechos y deberes –no de los unos sin los otros– que son inherentes a su naturaleza, independientemente de que las leyes los reconozcan expresamente. A esta condición era a la que José Antonio se había referido cuando habló de «libertad profunda». Las leyes deben permitir y asegurar el ejercicio de esta libertad, pero no son ellas las que la otorgan, porque es previa a cualquier sistema político o legislativo. En esta doctrina se había apoyado José Antonio Primo de Rivera.[16] Muchos falangistas no entendían la doctrina de este modo.

Pero Franco, al parecer, sí. El 18 de agosto de 1938 hizo unas declaraciones a la revista francesa *Candide*, y a ellas pertenece este parrafo que me parece sustancial:

> «Los principios en que se inspira nuestra revolución nacional se basan en la noción de la *persona humana*. Para nosotros la integridad y la libertad del hombre son valores intangibles. Y he aquí lo que diferencia también nuestra doctrina de las doctrinas totalitarias, que lo atribuyen todo al Estado. Como decía José Antonio, y con ello expresaba el pensamiento de todos: no se puede respetar la libertad humana más que considerando al hombre tal y como nosotros lo consideramos, es decir, como depositario de valores eternos, como la envoltura carnal de un alma susceptible de salvarse o de perderse».[17]

Tenemos que poner estas declaraciones en relación con lo que estaba comenzando a suceder en Europa. Franco trataba de establecer distancias con los tres grandes totalitarismos del momento, el enemigo acérrimo soviético, y los amigos alemán e italiano. Legislar le parecía, en aquellos momentos, la parte menos trascendental de su tarea: antes había que crear riqueza. De nada servían los buenos propósitos si se carecía de medios para cumplirlos. En los años inmediatamente siguientes, el Generalísimo pretendió aplicar en el ámbito de la economía algunos de los principios militares: la población necesitaba poseer un gran espíritu de sacrificio para salir de la ruina en que se encontraba, y llegar a condiciones más aceptables.

III. PRIMEROS PASOS HACIA UNA GUERRA GENERAL.

1. Hasta su visita a Berlín, en setiembre de 1937, Italia había servido como contrapeso a las aspiraciones hitlerianas sobre Austria y los británicos confiaban en la prudencia y vanidad de Mussolini.

Pero el despliegue de fuerzas y su montaje teatral convencieron al Duce de que ninguna fuerza podía compararse con la de Alemania en estos momentos. En su espíritu de emulación se preparó para desempeñar también el papel de gran conquistador. Fue entonces cuando Hitler, pese a los informes desfavorables que estaba recibiendo acerca de la verdadera potencialidad italiana, resolvió la puesta en ejecución de su programa de agresiones controladas. Como dijo al canciller Schuschnigg en su refugio de Bertchesgaden, Francia no se atrevería a intervenir, Gran Bretaña carecía de intereses en la zona e Italia estaba ya con él, dispuesta a apoyarle. Schuschnigg dimitió y Seyss-Inquart, en nombre de un Gobierno que no existía, pidió a Hitler que enviara sus tropas para evitar la anarquía que, sin duda, habría de producirse. El 12 de marzo de 1938, el antiguo desocupado de la calle, huésped de comedores de caridad, regresaba a Viena, como triunfador. Mussolini le habló por teléfono para garantizar su apoyo. El Führer se volvió entonces al príncipe Filippo d'Assia y le dijo: «hágale saber al Duce que nunca más olvidaré este favor que me hace, suceda lo que suceda».

La anexión (Anschluss) de Austria conmovió a Europa y de modo especial a la Santa Sede. Mussolini preparó una paralela acción espectacular: el 18 de marzo, sin dar cuenta al mando nacional, la aviación italiana con base en Palma realizó una asoladora acción de bombardeo sobre Barcelona: diecisiete pasadas dejaron un saldo de varios centenares de muertos.[18] Cuando Franco comentó el suceso con el general alemán, Veith, estaba pálido de ira: él había dado la orden –sabemos que esto era cierto– de respetar las ciudades abiertas; en el caso de Barcelona era muy probable que la mayor parte de las víctimas fuesen precisamente las que con más impaciencia aguardaban la liberación.[19] Como en otros casos, Málaga o Guernica, el Generalísimo se hallaba metido en una trampa que dio origen a que tuviera que soportar las hipócritas quejas de quienes habían perpetrado la agresión.[20]

2. En previsión de complicaciones internacionales, Stohrer voló a Berlín inmediatamente después del Anschluss. La Wilhelmstrasse estaba midiendo el alcance de la reacción francesa. Chautemps presentó en efecto la dimisión y le sustituyó Leon Blum; la izquierda socialista no estaba dispuesta a muchas contemplaciones. Seriamente se comenzó a pensar en alguna forma de intervención en España. El 15 de marzo, mientras se reunía en París el Comité Permanente de la Defensa que incluía a Gamelin y Pétain, se sabía en Berlín que se estaba produciendo concentración de tropas en la frontera española. Keitel, consultado por Ribbentrop, aclaró que él no creía en una invasión aunque seguramente el Gobierno francés reclamaría la neutralización de una franja de cincuenta kilómetros; sería por ello conveniente que Canaris, que preparaba otro viaje a España, recomendase al Generalísimo abstenerse de operar en dicha zona.[21]

Es indudable que en la reunión del Comité Permanente se trató de la intervención y hasta se examinaron las ventajas de proceder a la ocupación de la zona

española del Protectorado marroquí y de la isla de Mallorca. Los militares advirtieron que cualquier intervención armada en aquellos momentos significaba la guerra general y, por tanto, debía contemplarse bajo esta perspectiva; por otra parte advirtieron que una victoria de Franco, como parecía probable, pondría la Península al servicio de alemanes e italianos y que desde sus bases convertirían a Francia en fácilmente vulnerable. La intervención de Eduardo Daladier fue decisiva. Cualquier acción conducía a la guerra general, y Francia no estaba en condiciones de afrontarla a menos que se contara con la alianza de Inglaterra. Había que moverse en esas dos líneas, negociar una más firme alianza con el país vecino convenciendo a Chamberlain de que había que plantar cara y acelerar el rearme. Francia necesitaba que sus fábricas produjesen 145 aviones al mes.[22]

Mientras tanto, Leon Blum tomaba la decisión de abrir la frontera española a partir del 17 de marzo para que por ella entrase todo el material adquirido en la Unión Soviética. Tenía que apoyar al Gobierno de la República. También aquí se estaba llegando a un término: el último lote de oro se vendió entre marzo y abril de 1938; quedaban sólo 35 toneladas para responder de un crédito soviético de 70 millones de dólares.[23] En cualquier momento la situación podía tornarse explosiva.

El 4 de abril el almirante Canaris celebró su entrevista con Franco en el Cuartel General de Salamanca. Las noticias que llegaban del frente aquel día eran inmejorables: los nacionales estaban en Lérida y la resistencia enemiga se desplomaba. Franco entonces insinuó que, para aliviar la tensión mundial, podía procederse a la retirada de la Legión Cóndor, dejando sin embargo los aviones, porque Kindelán disponía de 50 pilotos preparados para manejarlos. En realidad el Generalísimo daba la impresión de pretender pasar a una nueva fase en que el Ejército español se bastase a sí mismo: necesitaría, en todo caso, oficiales especialistas que entrenasen a los suyos en los aspectos de la guerra moderna.[24] Ribbentrop consultó con el Führer que se mostró de acuerdo, siempre que Franco accediera a firmar un nuevo convenio que vinculara al Régimen español política y no militarmente, al III Reich.[25]

3. Las fotografías y noticiarios que reflejaban la entrada de Hitler en Viena, en medio de una pasividad de los aliados que no se habían atrevido a intervenir, calmaron las ansiedades y temores y despertaron ondas de germanofilia. Una misión española fue invitada a asistir a las maniobras de otoño en Prusia Oriental y regresó entusiasmada: la Wehrmacht era el Ejército que había que imitar. Franco otorgaba más importancia a la Marina. En abril de 1938 Nicolás Franco hizo un nuevo viaje a Roma acompañado de Manuel Arburúa; eran portadores de una carta del Generalísimo a Mussolini excesivamente laudatoria y del encargo de comprar un crucero y dos destructores. En lugar de esto el Gobierno italiano les obligó a negociar el pago de la deuda en divisas, al menos hasta la tercera parte del total. El Duce intervino personalmente favoreciendo las demandas españolas de modo que el 23 de mayo se firmó una nueva moratoria que ampliaba además los créditos en 300 millones.[26] En un discurso que pronunció el 16 de marzo –dos días antes del bombardeo de Barcelona– Serrano Suñer encontró las palabras más adecuadas para referirse a «la decisiva orientación de España hacia el Orden Nuevo, preconizado por el genio de Mussolini y cuyas fecundas realizaciones van extendiéndose de la Italia fascista a la Alemania nazi».

El Gobierno nacional no compartía el entusiasmo desbordante de las jerarquías del Movimiento. Jordana encomendó al duque de Alba la misión de tranquilizar al ministro de Asuntos Exteriores británico: si verdaderamente deseaban garantizar la paz en Europa lo mejor era no prestar ayuda a los rojos, que estaban vencidos, y liquidar cuanto antes el conflicto español. El propio conde de Jordana celebró al menos dos entrevistas con el cónsul francés en San Sebastián los días 25 de febrero y 17 de marzo de 1938: nada deseaban tanto los nacionales como una neutralidad ahora que les permitiese ser amigos de Franco cuando llegara la paz. Estos propósitos resultaban difíciles de lograr. Los ingleses estaban irritados porque habían perdido barcos y muy recientemente 30.000 toneladas de petróleo. Los nacionales aplicaban un principio que, durante la guerra mundial, utilizarían también los británicos: todo barco que conduce material para el enemigo se convierte en beligerante y no puede ampararse bajo una bandera ajena.

Franco estaba empeñado en conseguir un reconocimiento de beligerancia lo que le hubiera permitido estorbar la venta del patrimonio nacional en el extranjero, como estaba intentando el Gobierno de Valencia. Agotadas las reservas de oro, se comenzó a vender la plata. Antes del verano se habían conseguido por este medio 15 millones de dólares en Estados Unidos. Entonces el Gobierno de Burgos intentó una acción legal –las reservas eran de la nación, no de quienes la administraban– contratando para ello los servicios de una de las grandes firmas de abogados norteamericanos, entre los que hay que anotar el nombre de John Foster Dulles, el futuro Secretario de Estado.[27] En esta línea se debe situar también la decisión del 25 de marzo de 1938:[28] un comité de juristas, presidido por Esteban Bilbao y formado por Felipe Clemente de Diego, José Yanguas Messía, José María Valiente y Cirilo Tornos –monárquicos de línea tradicionalista– debía estudiar la legislación española determinando qué leyes debían seguir formando el entramado jurídico de la nación una vez que se hubiesen derogado aquellas que la República promulgara en contra de la costumbre española. El nuevo Orden no iba a ser tan nuevo; se proponía mantener la vigencia del status legal de 1931 y también de otras leyes que con posterioridad se hubiesen introducido congruentes con aquél.

IV. LA BATALLA DE ARAGÓN.

1. El 15 de marzo de 1938 Franco firmó la Instrucción general para la gran ofensiva; se haría simultáneamente al norte del Ebro, para liberar definitivamente Huesca y Zaragoza, y al sur del río para aislar Cataluña y llegar al mar; también se aludía a un tercer ataque atravesando el Alfambra hasta alcanzar Castellón. El Cuartel General no desconocía las fortificaciones establecidas por el enemigo, especialmente en Tardienta, Barbastro, el Grado y la línea del Cinca. Los tres Cuerpos de Ejército encargados de la ruptura iban mandados respectivamente por Solchaga, al norte, Moscardó en el centro, y Yagüe, con los marroquíes, en el sur. Enfrente Modesto, Ibarrola y Perea contaban con fuerzas que, por primera vez, eran ligeramente inferiores a las de los nacionales, aunque confiaban en el «material nuevo estupendo» que habían recibido de la URSS. Vicente Rojo cometió en esta ocasión un error: durante más tiempo del debido creyó que los ataques en el sector norte del Ebro eran sólo

operaciones de diversión y no se convenció de su equivocación hasta que comprobo que Yagüe cruzaba el Ebro por Quinto.

La gran operación comenzó el 22 de marzo con un tiempo muy malo, de lluvia y nieve en el extremo norte, y más apacible en el sur. En sólo dos días, sin embargo, Moscardó consiguio despejar el cerco que padecía Huesca desde el comienzo mismo de la guerra. Pozas tuvo que autorizar un repliegue. Más que el éxito material, creció ahora el entusiasmo moral. En la noche del mismo día 22 de marzo Yagüe hizo tender pontones en Quinto y comenzó a pasar en silencio, de tal manera que los centinelas rojos tardaron cinco horas en percatarse de lo que estaba sucediendo y no hubo reacción hasta que la cabeza de puente estuvo consolidada. El 23 había cruzado todo el Cuerpo marroquí. Los refuerzos tardíos que Rojo envió fueron inútiles; sólo sirvieron para aumentar las dimensiones de la derrota. Yagüe aprovechó la coyuntura. Se convirtió entonces en el general más distinguido del bando nacional con sus avances de 30 kilómetros diarios. El 25, era dueño de Bujaraloz y su comarca, el 27 entraba en Fraga y el 29 había atravesado el Cinca estableciendo una cabeza de puente. También Moscardó, tras tomar Sariñena, alcanzaba el Cinca el 28 y lo cruzaba al día siguiente. Más lento en su marcha, Moscardó consiguió sin embargo destruir el X Cuerpo de Ejército; parte de sus soldados cruzó la frontera refugiándose en Francia.

La sensación que produce la documentación republicana conservada, parte de la cual llegaba a conocimiento del enemigo conforme éste avanzaba, era la de un terrible desórden. El Comisariado del Ejército de Tierra ordenó comenzar una fuerte campaña para devolver a los hombres la moral; era imposible. Las disposiciones que se tomaban precipitadamente no remediaban el pánico ni el desorden; lo agravaban. No es posible sostener un Ejército bajo la amenaza de represalias que incluían el fusilamiento de negligentes o cobardes. Las reservas eran enviadas a la lucha sin orden ni concierto; naturalmente se desleían como azúcar en el agua. El 29 de marzo Pozas fue destituido y le sustituyó Juan Perea Capulino, un jefe de rango inferior, con la orden de defender Lérida a toda costa. Ese mismo día se abrieron, aguas arriba del Ésera, las compuertas del pantano de Barasona para inundar la llanura.

Las órdenes dictadas por Franco el 28 de marzo no apuntaban a una ofensiva generalizada sobre Cataluña puesto que el objetivo fundamental seguía siendo la partición del territorio enemigo, pero sí al quebranto definitivo de su retaguardia: alcanzar la línea del Segre estableciendo cabezas de puente en Lérida y Balaguer y, por parte de las Brigadas navarras, que mandaba Solchaga, apoderarse de las centrales eléctricas que surtían a Barcelona y, explotando el éxito en Artesa de Segre, alcanzar Solsona y, si era posible, también Seo de Urgel, pero no más. El clima y las dificultades del terreno hicieron que a partir del 30 de marzo los avances de Solchaga se tornaran lentos.

2. Queipo de Llano, como ya indicamos, tenía otros motivos, además de los estrictamente militares, para intentar por su cuenta una operación que despejase el peligro que se cernía sobre Extremadura desde el verano de 1936. Necesitaba reforzar, con el prestigio que da una victoria, su atípica posición política en Andalucía. La operación comenzó a prepararse el 28 de febrero de 1938 y sus objetivos eran Pozoblanco y Puertollano; se pensaba que la batalla de Teruel y la contraofensiva nacional

había dejado sin reservas el frente Sur, y que tampoco Miaja estaría dispuesto a desprenderse de las suyas. Se inició el ataque el 6 de marzo y, en dos semanas, fueron logrados importantes objetivos como Hinojosa y Villanueva del Duque: el 16 de marzo Pozoblanco quedaba ya al alcance de los cañones de Queipo. Pero inmediatamente después comprendió que no podía generar nuevas reservas para enviar al frente y tampoco le iban a ser enviadas por el Cuartel General de Salamanca. Desde el 24 de marzo se registró la fuerte reacción enemiga. Queipo ordenó el repliegue y el 1 de abril estaba otra vez en las posiciones de donde partiera.[29] Había perdido 78 muertos y 1.249 heridos.

Segismundo Casado, coronel jefe de operaciones en el Estado Mayor, dispuso inmediatamente una ofensiva sobre Peñarroya. Comenzó el 3 de abril: las ganancias republicanas fueron importantes: Valsequillo, La Granjuela y los Blázquez. El 7 avistaban ya Fuentovejuna. Pero aquí la resistencia se tornó eficiente y la ciudad nunca pudo ser tomada.

Ni ésta, ni las operaciones intentadas por Miaja en el alto Tajuña (31 de marzo), en la línea de Navalmoral a Guadalupe –los rojos llegaron a coronar el puerto de Arrebatacapas aunque posteriormente lo abandonaron– ni los de Miajadas lograron el objetivo que sin duda buscaban. Franco no retiró sus tropas de Aragón y tanto Saliquet como Queipo de Llano demostraron que disponían de fuerzas suficientes para defenderse. Queipo comunicó al Cuartel General, en abril de 1938, que estaba nuevamente en condiciones de pasar a la ofensiva.

Franco había conseguido imponer, al adversario y a sus generales, un criterio que, como en la campaña del litoral cantábrico, se formulaba ya sin vacilaciones: ahora el objetivo era aislar Cataluña y en relación con él todos los demás frentes resultaban secundarios. Vicente Rojo, influido sin duda por las circunstancias internacionales, creyó que el propósito de Franco era conquistar Cataluña y empleó sus mejores reservas en Lérida. Aquí estaba Valentín González «el Campesino» a quien Perea ordenó resistir a toda costa. El 2 de abril los nacionales rompían las defensas y el 4 ocupaban la primera de las capitales de provincia de Cataluña.[30] «El Campesino» fue acusado de incapacidad y negligencia.

Por su parte los otros dos Cuerpos de Ejército, mandados por Solchaga y Moscardó, alcanzaron la línea del Noguera Pallaresa, que cruzaron, apoderándose de los pantanos de San Lorenzo y Camarasa, lo que iba a afectar seriamente a la capacidad industrial de Barcelona. El 6 de abril los nacionales entraron en Balaguer y entre los días 9 y 10 establecieron una cabeza de puente al otro lado del río. Perea intentó destruir dicha cabeza antes de que fuera demasiado tarde, lanzando ataques que el 13 de abril cobraron especial dureza, pero las posiciones nacionales resistieron. Otra cabeza de puente se estableció aguas arriba, en Tremp, cuya presa fue ocupada el 7 de abril. El 11 se formó la tercera, en la Baronía. De modo que al llegar ese día los republicanos sólo conservaban, al oeste del Cinca la posición de Bielsa.

Había comenzado, pues, la ocupación de Cataluña. Al Cuartel General de Salamanca llegaron malas noticias: algunas de sus unidades se comportaban en el Principado como enemigos, no libertadores, volviéndose sobre todo contra quienes hablaban catalán. El 11 de abril Franco dictó una orden en términos muy enérgicos. «No cometer yerros difíciles de borrar en el porvenir. Nada de *españolizar* el idioma. Es preciso no sembrar odios». Más adelante, tras recordar que los catalanes «son

nuestros hermanos» advertía, «Después el Gobierno de la nación desarraigará con una política adecuada el veneno separatista, que hay que tener en cuenta, además, que no había corroído el alma de todos los catalanes, ni mucho menos, pues en Cataluña hay muchos españoles de corazón. A unos y a otros no debemos darles pie para que teman a la España Nacional, sino para que la empiecen a amar los primeros y la amen aún más los segundos».[31]

La batalla de Aragón se dio por concluida el 15 de abril de 1938. Más de 15.000 kilómetros cuadrados habían pasado a poder de los nacionales. El Ejército del Este se hallaba tan quebrantado –eran muchos los prisioneros y los desertores– que Vicente Rojo tuvo que ordenar su reorganización. Todas las provincias aragonesas encontraban ahora holgura en sus movimientos. Es inútil preguntarse aquí porqué no se continuó el avance sobre Cataluña; era una decisión que Franco tenía tomada desde la reunión de Zaragoza en febrero de este año.

3. Ese mismo día las tropas nacionales llegaban al Mediterráneo por Vinaroz y Benicarló, de modo que los objetivos fijados en la directriz del Generalísimo del 14 de marzo se habían cumplido. Dávila lo explicó en el plan de operaciones del 19 que fue entregado a García Escámez y a García Valiño: rebasada Gandesa se debía romper el frente del Alfambra para que las fuerzas acantonadas en Teruel encontrasen libre el camino hasta Sagunto. No había temor de que acudieran fuerzas desde Cataluña; estarían suficientemente ocupadas defendiéndose. Los mandos en el Ejército popular iban perdiendo calidad: simples comandantes mandaban Divisiones y la oficialidad carecía de adecuada preparación. Tras una semana de descanso los vencedores de Caspe estaban en condiciones de volver a la lucha. Se confirió al CTV la responsabilidad de la vanguardia.

La ruptura del frente se inició el 24 de marzo de 1938; durante dos días el Ejército popular, que había tenido tiempo para reordenarse y recibir refuerzos, resistió. La dura orografía del lugar favoreció la resistencia apoyada en la línea del río Guadalope, pero desde el 28 se comprendió que iba a romperse; de nuevo el pánico comenzaba a prender en las filas republicanas. Los movimientos se tornaron rápidos desde el 29, toma de Fabara, luego de Maella y por último de Gandesa, conquistada el 2 de abril, en la madrugada, por medio de una arriesgada operación de envolvimiento. El 3 de abril García Valiño estaba en Mora de Ebro y Miravet; tres Brigadas Internacionales, la 11, 15 y 139, fueron desmanteladas. Prácticamente aquí se escribieron las últimas páginas de estas unidades. Más al sur el Ejército de Galicia, que había iniciado su avance el 27 de marzo, llegaba a Morella el 4 de abril. El mando republicano, consciente de que se estaba difundiendo un ambiente de derrotismo casi desesperado, comenzó a tomar medidas: se exageraban los actos de valor para acudir al estímulo de las condecoraciones y ascensos y se castigaba con el fusilamiento a los cobardes, pero nada de esto servía.

El 13 de abril las vanguardias nacionales estaban en el vértice de Chert, desde donde podían percibir los olores marinos. Bastaron poco más de veinticuatro horas, ante un enemigo en desbandada, para alcanzar la costa por Vinaroz y Benicarló. Valencia quedaba separada de Barcelona y el territorio del enemigo perdía su unidad. Torciendo hacia el norte, García Valiño ocupó Amposta el 18 y San Carlos de la Rápita el 19. El Ebro era una línea de separación.

En el último momento Vicente Rojo, siguiendo órdenes del Gobierno, dispuso que las mejores unidades se replegaran, cruzando el río. De este modo Modesto, Tagüeña y Líster salvaron gran parte de sus unidades, integradas luego en Cuerpos de Ejército que se unieron en la Agrupación del Ebro.

El desastre del Ejército popular era completo. Más de 25.000 prisioneros fueron capturados. La tercera parte de sus efectivos estaba dislocada. El éxito aumentó la fama de Franco como militar; ninguna de las críticas que ahora se formulan acerca de su modo de conducir la guerra se escucharon entonces. Incluso los consejeros alemanes enmudecieron en esta ocasión. En algunos de sus discursos, Serrano Suñer y otros dirigentes anunciaron el fin victorioso de la guerra como algo inmediato. Una vez más se equivocaron. Aún faltaban once meses de duras batallas.

Centroeuropa y desempeñaba un papel de gran importancia en la Iglesia católica. Su incorporación al III Reich constituía para ésta una amenaza muy grave. Sin embargo el telegrama de Franco era muy hábil: se refería a la lucha común contra el comunismo evitando de esta manera hablar directamente de la anexión. El marqués de Aycinena intentó explicarlo en la Secretaría de Estado pero no fue atendido.

[51] Gomá iba a asistir al Congreso Eucarístico de Budapest. Al regreso fue recibido por el Papa como dijimos. M.ª L. Rodríguez Aísa, *op. cit.*, pp. 305-306.

[52] La postura española en relación con el concordato era la siguiente:

- la ilegitimidad del Gobierno republicano hacía que careciesen de valor jurídico cuantas disposiciones hubiesen sido tomadas. En consecuencia debía hablarse no de una supresión del concordato sino de un tiempo en que había estado en suspenso.
- el Alzamiento nacional se había producido para volver a la legitimidad histórica o, en otras palabras, para retornar al 13 de abril de 1931, momento en que el concordato seguía vigente.
- todas las leyes anticlericales o antirreligiosas estaban ligadas al hecho de esa suspensión de los vínculos concordatarios.
- El Gobierno estaba dispuesto a reconocer en bloque todos los privilegios y status de la Iglesia vigentes el 13 de abril en caso de que se reconociera que la República era sólo un paréntesis.
- Había el precedente de las Repúblicas hispanoamericanas, que vieron reconocidos los acuerdos existentes entre la Sede romana y la Monarquía española.
- En principio, de modo provisional, se aceptaba utilizar los procedimientos fijados en los artículos 19 y 20 del concordato italiano.

[53] Ver las instrucciones de Jordana de 8 de abril de 1938, pub. por A. Marquina, pp. 377-379.

Notas al Capítulo 31.

[1] Para este capítulo es imprescindible J. M. Martínez Bande, *La llegada al mar*, Madrid, 1975, pp. 13-22.

[2] En los mapas elaborados al respecto se señalaban los objetivos militares existentes en Barcelona, Figueras, Granollers, Valencia, Alicante y Cartagena, advirtiendo a los pilotos que debían tener cuidado. En torno a Barcelona se señalaba un círculo de 10 kilómetros: había que destruir los transformadores de San Adrián de Besós, San Andrés y Sans, pero no atacar en cambio las centrales eléctricas que deberían estar en condiciones de producir en el momento de la ocupación. La misión sería cumplida desde Palma (*Documentos*, I, pp. 166-173). Años más tarde Franco insistiría en que sólo se habían bombardeado objetivos militares muy seleccionados (Franco-Salgado, *op. cit.*, p. 494).

[3] R. Salas Larrazabal, *Ejército popular*, II, pp. 1.722.

[4] En su informe del 17 de febrero, von Stohrer describiría el plan de participación llegado a su conocimiento. Madrid y Andalucía se entregarían a Franco. De este modo quedaría consolidada una República en Cataluña y Valencia, que quedaría bajo la protección y garantía militar de Francia. El separatismo se consumaba. Pero «por otra parte se estudiaba igualmente el proyecto de formación de una Monarquía constitucional que sería confiada al infante don Juan. Los ingleses habrían tenido la idea, en razón de las dificultades para hacer admitir una Federación a la España Franquista y una Monarquía a la España roja, de recurrir a una solución provisional bajo la égida de hombres políticos que no estuviesen comprometidos ni del lado de los blancos ni del de los rojos, que habría podido terminarse por elecciones populares acerca del Régimen futuro». Este gobierno provisional sería presidido por Madariaga. *Wilhelmstrasse*, III, p. 488-489.

[5] Sobre la situación europea ver W. Watkins, *Britain divided*, Londres, 1963 y RAC Parker, *El siglo XX. Europa 1918-1945*, Madrid, 1978, p. 320 y ss.

[6] Existe un testimonio decisivo de Antonio Cordón, *Testimonio*, París, 1971, p. 380. No

sirve como fuente documental pero sí para reflejar cuál era la opinión del Partido Comunista. Según él Vicente Rojo pidió a Prieto que le encargase del mando del Ejército para, de este modo, crear dos sectores a las órdenes respectivamente de Hans Kahle y Enrique Líster; sólo los comunistas parecían a estos mismos dignos de confianza. Insuflando esta confianza en el mando rojo se consiguió que durante dos días, del 15 al 17, el coronel Reyes defendiera Caspe. Según Cordón, Caspe se perdió por la maniobra de envolvimiento que los nacionales realizaron, dando la vuelta por la carretera de Gandesa, pero sobre todo porque Menéndez, empeñado en replegarse sobre el Guadalope, no envió los refuerzos ni realizó los contraataques que se necesitaban. Ese empeño, que implicaba una reorganización sobre la marcha, no conseguiría otra cosa que aumentar el desorden.

Según A. Castells, *Las brigadas internacionales en la guerra de España*, Barcelona, 1974, p. 311 y ss., el efecto fundamental de esta campaña que duró prácticamente una semana –hubo un descanso de cinco días antes del golpe siguiente– consistió en el fracaso definitivo de las Brigadas Internacionales, que perdieron muchos oficiales y se desbandaron. Líster ordenó fusilar a algunos de los mandos y a pesar de la oposición del Partido las sentencias se cumplieron. Prácticamente las Brigadas quedaban fuera de combate.

[7] H. Thomas, *op. cit.*, II, pp. 857-862.

[8] J. M. Martínez Bande, *La llegada al mar*, recoge especialmente la documentación militar que permite analizar los factores y consecuencias de la operación, pp. 54-64 y Apéndices.

[9] J. M. Martínez Bande, *La batalla de Pozoblanco y el cierre de la bolsa de Mérida*, Madrid, 1981, pp. 170-174.

[10] Stanley G. Payne, *Falange*, pp. 187-189, utiliza únicamente opiniones recogidas en conversaciones posteriores, es decir, cuando los protagonistas habían cambiado de idea. Según él se trata de un documento sin importancia. Pero si tiene en cuenta que uno de los aspectos más insistentemente destacados, la estabilidad en el empleo, fue uno de los ejes del Régimen, es menester reconocer que tuvo gran importancia. Cosa distinta es que cada autor o lector pueda considerar esta política acertada o errónea.

[11] J. Tusell, *Franco*, pp. 257-261, insiste sobre todo en mostrar la coincidencia con el fascismo. Fernández Cuesta al presentar el texto definitivo lo había negado rotundamente.

[12] Para J. F. Coverdale, *op. cit.*, pp. 306-308, las influencias que en el Fuero se advierten, van por este orden:

a) la doctrina social de la Iglesia en especial la de León XIII y Pío X (hay textos completos incorporados);
b) las opiniones corporativistas de Vázquez de Mella; y,
c) la «Carta del lavoro» italiana.

[13] Me refiero a Ramón Tamames, *La República. La Era de Franco*, Madrid, 1973, p. 476 y a Sh. Ben Ami, *op. cit.*, pp. 55-56. Para ambos autores el mal del Régimen no estuvo en los principios del Fuero, correctos, sino que no se hizo después la política económica adecuada que permitiera cumplir tales propósitos. Pero aquí es donde surge la perplejidad del lector, pues presentan como «adecuada» la del sistema comunista polaco. A la vista de los resultados posteriores, y del desastre social a que la economía soviética condujo, tal comparación parece no solo inadecuada sino inversa. «Muchas de sus declaraciones resultaban admirables» escribió H. Thomas, *op. cit.*, II, p. 819, todavía militante laborista. Luego indica las cosas que no se cumplieron: «no pasaron de meras aspiraciones», como el salario familiar mínimo, seguros sociales, subsidio familiar, vacaciones pagadas, incremento de jornales campesinos, colonización agraria y garantía a los arrendatarios frente a los propietarios. Sucede que éstos son los aspectos que más adelante del Régimen insistiría en haber conseguido.

[14] Ésta es una cuestión que no comenzaría a tratarse hasta el III Consejo de la Sección Femenina, en enero de 1939. Esta Sección, que contaba en aquellos momentos con 580.000 afiliadas, iba a encargarse, en una labor lenta y tenaz, de los dos aspectos: elevar de categoría las profesiones consideradas como preferentemente «femeninas», enfermería, magisterio, etc., y equiparación de hombres y mujeres en el salario de todas las demás. Pero insistiendo mucho en que el papel de la madre como centro de la familia seguía siendo el más importante, *Crónica de la Sección Femenina*, pp. 93-95.

15 G. Hills, *Franco*, p. 319.

16 Explicación de estos conceptos de libertad profunda *versus* libertad abstracta, se encuentra en A. Muñoz Alonso, *Un pensador para un pueblo*, Madrid, 1969, p. 296 y ss., libro hoy casi desconocido pero indispensable.

17 *Pensamiento Político*, I, p. 353.

18 H. Thomas, *op. cit.*, II, pp. 866-867, utiliza para el cómputo de víctimas los incorrectos *Diarios* de Ciano y algunos informes de diplomáticos británicos que sólo tenían noticias indirectas. Según los informadores italianos las víctimas mortales serían 500 y con toda probabilidad no bajaron de 400. Se traía de la cifra más grave de toda la Guerra Civil española. Ciano supo que Franco había pedido a Mussolini que no repitiera los ataques, pero en cuanto al objetivo perseguido por el Duce con esta agresión, sólo pueden conjeturarse:

a) disuadir a Francia de cualquier proyecto de intervención en España;
b) colocarse a la misma altura de los alemanes;
c) presionar a Franco y a su hermano, que iba a llegar a Roma, para que pagasen.

J. F. Coverdale, *op, cit.*, pp. 308-312.

19 En su despacho de 23 de marzo, Stohrer dijo que no sabía de dónde había partido la orden. *Wilhelmstrasse*, III, p. 510.

20 Curioso juego de engaños que revela el cinismo de la diplomacia. El 26 de marzo el embajador italiano, Viola, fue a ver a Stohrer y le dijo que acababa de recibir la visita de Antoniutti; el delegado apostólico había recibido instrucciones para que la Embajada italiana también pidiese a Franco el cese de los bombardeos y aunque Antoniutti había hablado de esta cuestión con Franco, ignoramos cuál fuese la respuesta (*Wilhelmstrasse*, III, pp. 512-514). Por su parte R. Hodgson, *op. cit.* pp. 126-127 recuerda que él visitó al conde de Jordana con el mismo objeto y recibió la respuesta de que se estaba tratando de humanizar la guerra pero que eran inevitables accidentes de esta clase.

Todo el mundo se permitía el lujo de reprender a Franco por este acto censurable; incluso aquellos que lo habían cometido. La situación resulta paradójica.

21 Informe Keitel en *Wilhelmstrasse*, III, p. 510. Parece que la cuestión de neutralizar una franja fronteriza no fue nunca planteada por el Gobierno francés y que constituye una interpretación unilateral de los servicios alemanes.

22 J. y R. Salas Larrazábal, *La guerra civil*, p. 575 y ss.

23 Á. Viñas, *Guerra...*, pp. 173-174.

24 «La impresión general –escribió Canaris– ha sido que Franco se esfuerza visiblemente en emanciparse. Daré detalles a mi regreso» *Wilhelmstrasse*, III, pp. 515-519.

25 Telegrama Ribbentrop 6 de abril. *Wilhelmstrasse*, III, p. 522.

26 Á. Viñas, *Guerra...*, pp. 174-175.

27 Á. Viñas, *Guerra...*, pp. 180-181.

28 J. Tusell, *Franco*, p. 148, atribuye a Serrano Suñer esta iniciativa.

29 J. M. Martínez Bande, *La batalla de Pozoblanco y el cierre de la bolsa de Mérida*, Madrid, 1981, pp. 28-45.

30 J. M. Martínez Bande, *La llegada al mar*, pp. 121-123.

31 J. M. Martínez Bande, *La llegada al mar*, p. 113, nota 124, publica íntegra la orden.

Notas al Capítulo 32.

1 George Roux, *La guerra civil de España*, Madrid, 1965, pp. 85 y ss. Ver también J. M. Martínez Bande, *La llegada al mar...*, pp. 188-191.

2 M. Azaña, *Obras completas*, IV, pp. 876-877.

3 V. Carcel, *op. cit.*, p. 313 y ss.

4 Juan Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables*, Madrid, 1978.

5 Segismundo Casado, *Así cayó Madrid. Ultimo episodio de la guerra civil española*, Madrid, 1968, en especial p. 106.

6 R. de La Cierva, *Franco*, p. 240, dice que el propio Franco le confirmó en 1972 que esta decisión fue tomada ante el temor de que los franceses intervinieran.